

Goio Borge

4º

## APORTACIÓN DEL MÉTODO MASÓNICO A LA EJEMPLARIDAD EN EL SIGLO XXI

El profesor Salvador Giner dedicó 50 años de su vida a escribir, actualizar y perfeccionar su clásico **Historia del pensamiento social**. A raíz del capítulo que dedica a San Agustín, destaca lo siguiente:

*‘A esta visión agustiniana cósmica y general, coherente, de la historia de la raza humana a través del tiempo le cupo una enorme influencia en la cultura occidental posterior. Todas las teorías del progreso (de la Ilustración, en el siglo XVIII, a las hegeliana y marxistas posteriores) han asumido que la historia posee una dirección y sentido, y que en ella acaece un*

*despliegue creciente de la conciencia humana y de su libertad. El contenido de cada teoría puede ser diverso (el marxismo, forjado en el siglo XIX, por ejemplo, no es cristiano), pero el enfoque agustiniano es detectable en todas ellas, por lo menos en el providencia-*

*lismo, sea o no religioso. La concepción agustiniana de la historia ha sido revestida por cada pensador providencialista con rasgos distintos, pero constituye el fundamento de cuantos han sostenido que la historia de nuestra especie posee un sentido y estructura, un lugar de origen y otro de destino que son cognoscibles con la información que poseemos’*

Nuestra Orden se caracteriza por la búsqueda del progreso humano y social, lo que parece encajar bien en esta tradición occidental, también en el mejoramiento continuado que supone para sus miembros no acabar nunca de pulir la piedra. El objetivo con esta conferencia es entender cómo hemos llegado al siglo XXI en términos de progreso en

cuanto mejora moral de la sociedad, en concreto, a lo que podríamos llamar ejemplaridad. Y el autor contemporáneo de referencia para hablar de ejemplaridad es español, se llama Javier Gomá, y desde 2003 a 2013 publicó la **Tetralogía de la Ejemplaridad**, una monumental obra de 1.500 páginas en cuatro volúmenes, que será la base de esta reflexión.

Los cuatro volúmenes de la Tetralogía se titulan **Imitación y experiencia**, **Aquiles en el gineceo**, **Ejemplaridad pública**, y **Necesario pero imposible**.



Frente a la mayoría de filosofía y ensayo actuales, son trabajos basados en conceptos y terminología habituales en la filosofía tradicional, y alejados, en principio, pero sólo aparentemente, de nuestra realidad ensayística más actual. El primer volumen,

**Imitación y expe-**

**riencia**, escoge el tema específico de profundidad ética y gran calado social a estudiar: la ejemplaridad pública, al que va dando cimientos en el pensamiento teórico precedente.

Gomá defiende que el acto de imitar un modelo ha estado presente en la cultura y pensamiento occidentales desde siempre y en tres formas diferentes: una imitación de la Naturaleza (de obvio peso en el arte y sus manifestaciones), una imitación de las Ideas o Formas (la formulada por Platón y que sobrevuela gran parte del pensamiento occidental), y una imitación de los Antiguos o Clásicos, que ejercían su perdurable principio de autoridad durante siglos. Estas tres formas de imitación par-



tían de la existencia de un mundo y una naturaleza ya dados por un ente superior, ante los que el hombre era incapaz de responder salvo mediante mecanismos de copia, ya que no podía aportar nada a semejante perfección. Con diferentes matices históricos, este aspecto está presente en toda la filosofía occidental: en la cosmogonía de las diferentes filosofías griegas y helenísticas, en el cristianismo y, aunque desde el Renacimiento ya hay indicios de que va a ser cuestionado, no es hasta la llegada del sujeto moderno afianzado por la imposición del razonamiento científico y sus logros prácticos, y el desmoronamiento progresivo del Antiguo Régimen, que la imitación como tal deja de tener valor, pues es el hombre individual el que toma el protagonismo, el que puede decidir, que además descubre que su naturaleza no es perfecta, ni los Antiguos incontestables. La imitación decae, el yo romántico es ahora el creador y toma el poder, y la visión moral de Immanuel Kant apuntala definitivamente el valor de cada individuo.

Sin embargo, con el cambio del siglo XIX al XX aparece según el autor en la filosofía de la cultura y su teoría, y en la sociedad, una nueva forma de imitación, en este caso moral, a la que el autor denomina imitación de prototipos. La aparición de este tipo de imitación inexistente en la premodernidad responde a la crisis del sujeto moderno, que ha proyectado en el positivismo científico la respuesta a todas las preguntas, pero descubre que los problemas y la definición de conceptos sobre la moral, la conciencia, la libertad, los sentimientos y emociones, etc... no se ajustan bien a la capacidad, actualmente al menos, del método científico y sus resul-

tados. Estas corrientes están presentes en la filosofía fenomenológica, humanista, en la psicología y sus diferentes ramas y modas del siglo XX, la teología del siglo XX, la teoría de élites, los estudios de evolución e imitación animal e infantil, el psicoanálisis...

La aportación propia de Gomá es su Teoría de la Imitación. Pone el marco de su estudio en la división clásica de la filosofía entre disciplinas del conocimiento (metafísica, naturaleza) y disciplinas del comportamiento (moral), y las fusiona en una teoría, que pretende ser a la vez *práctica* (en el sentido de realizar una acción: imitar, seguir un modelo), y *teórica* (en el sentido de necesitar la definición del prototipo: el ejemplo a seguir tiene una naturaleza no ordinaria a definir). La historia y la cultura occidentales han proporcionado prototipos en forma de héroes antes y después de la modernidad, que han tenido su significado social, artístico y cultural según los casos, pero la Teoría de la Imitación propone un concepto de prototipo moral, al que llama *universal concreto*, transversal a todas las disciplinas de una vida humana y en todos sus periodos, deudor del formalismo de Kant pero obviando su elitismo y rigidez con un acercamiento sentimental desarrollado a finales del siglo XIX con la filosofía fenomenológica.

La definición de este *universal concreto* es tan hermosa como inalcanzable, y encierra una contradicción en su propio nombre. Supone que el prototipo ejemplar, *lo universal*, es inalcanzable porque lo ideal no existe en tiempos de ciencia racional y sujeto moderno.

Comprenderlo supone aprender, por tanto, de los diferentes prototipos incompletos en un álbum de experiencias de vida, *lo concreto*. La teoría quiere ser moderna y pragmática para la vida: da el protagonismo al ser humano, lo despoja de élites que deban obligatoriamente dirigir la vida pública, y lo convierte en sujeto moderno, con conciencia propia —ya que incluso ante un prototipo moral completo, el sujeto moderno no es pasivo sino que está formado, es racional y activo—, y tiene capacidad y derecho a discutirlo.

En **Aquiles en el gineceo**, el segundo volumen de la serie, Gomá se apoya en un mito y describe un instante, sus causas y sus consecuencias: Aquiles vive tranquilo en el gineceo de Esciros, donde le ha ocultado su madre, disfrazado de mujer adolescente, ocioso a la vida y a las batallas de los hombres. Pero Ulises interrumpe esta vida regalada y Aquiles retoma el recuerdo y la obligación moral de su destino (recuperar Troya aunque su muerte sea segura), lo que le hace sumarse a las tropas y partir a la batalla.



El valor parabólico del mito es lo relevante. En el gineceo, Aquiles es el adolescente ocioso y despreocupado sin experiencia de vida y que por ello aborrece lúcidamente del imperfecto mundo adulto y su caudal de negaciones de los deseos de la vida. Sin embargo, llega un momento en que el adolescente es llamado a la vida adulta, para incorporarse a ella y rendir su puesto en la sociedad; en general el proceso se inicia con la pasión y aprendizaje mediante fracaso del primer amor, que apela a las primeras responsabilidades para con otro. Y, también en general, el proceso no termina de manera tan pronta y violenta como en el caso de Aquiles, que gana su gloria de héroe muriendo literalmente en el campo de batalla por exigencia de su

sociedad. La parábola es la del héroe cotidiano, convertido en ciudadano responsable, que alcanza su moral y su libertad muriendo de su estado adolescente (o estético, en palabras del filósofo danés Soren Kierkegaard), probablemente mediante algún rito de paso identificable en el pasado en un ritual religioso o animista, y pasando a un estado adulto (o ético) en que desarrollar su vida aportando a la sociedad su valor.

La modernidad ha traído un individualismo que puede acabar en un desprecio de los intereses sociales, pero también un colectivismo dictador y alienante de las masas en las que el individuo, igual a tantos otros individuos, se desdibuja y frustra como proyecto individual, y además acaba manipulado. El paso del estadio estético al ético, el abandono del absolutismo del yo adolescente para tomar responsabilidades y aprender que la vida adulta es un conjunto de negaciones, es un ejercicio de alcance y desarrollo de la libertad que entra en crisis desde el siglo XIX, y supone una redefinición del héroe

moderno. Se han eliminado los ritos de paso a la vida adulta, se ha modificado ésta por el progreso científico e igualitario, que imposibilita la heroicidad individual. En nuestro tiempo los estadios estético y ético de la vida no están tan claramente parcelados. La sociedad, para cumplir con sus necesidades, no obliga a abandonar el yo adolescente de manera definitiva, e incluso lo aprovecha: no es ya que no sea necesario morir para ser héroe, sino que la ley reconoce nuevos derechos individuales y profesionales para que el estadio estético penetre y difumine con su subjetividad los rigores de un estado ético *de los antiguos*. Hablar de que la subjetividad inunde la vida adulta puede parecer un problema, pero la realidad es la contraria: se trata de un mundo más relativo y menos absoluto, y más

justo por igualitario. Además, es probablemente inevitable bajo los paraguas del estado socioliberal y la tecnología, hijos de esa Ilustración madre de todas las rupturas.

No obstante, cuando se produce una exacerbación del estadio estético y se llega incluso al existencialismo, puede caerse en un pensamiento que impide el desarrollo personal (y social) por no dejar otra salida que la resignación angustiosa ante los males del mundo, que no son otros que los propios de la negatividad de la vida adulta. Su expresión a nivel social sería el nihilismo político.

El tercer ensayo de la **Tetralogía de la Ejemplaridad** aparenta una centralidad importante en la serie dado que su título mismo, **Ejemplaridad pública**, subraya el concepto central de la misma, y se trata, en efecto, de un tratado completo sobre la posibilidad real de una moral ejemplar en nuestros tiempos. Pasamos con este libro en realidad de un mundo premoderno casi adolescente a ser libres tras la Ilustración. Se trata de una emancipación ya no sólo personal como la de Aquiles, sino social y política, representada por la liberación del absolutismo político, y el reconocimiento de los derechos del individuo.

La democracia igualitaria en que vivimos actualmente en Occidente es tanto un triunfo como una frustración. Se trata de un sistema que se sabe finito porque ha roto con todas las tradiciones seculares que gustaban de proclamar su eternidad, desde las religiones a las patrias identitarias. En su lugar, está habitada por individuos cuya libertad está consagrada por principios legales, y cuya subjetividad es inamovible. Por un lado, se sienten únicos, pero, por otro, altamente vulnerables al descubrir que su acción exclusivamente individual no les permite sobrevivir, con la frustración que eso supone a un ego ahora subrayado de continuo. El experimento democrático tiene apenas 70 años de duración en la historia de la humanidad y es un éxito en múltiples campos, resumibles cuando menos en que nunca han existido estos repartos de bienes y riqueza, o estos niveles de salud. No obstante, el sistema es frágil, fundamentalmente porque, aunque ha sustituido a Dios y a la Patria por leyes y Estado de derecho, éstos no son de momento suficientes para garantizar que la democracia sobreviva. A ésta le faltan modelos, prototipos de ejemplaridad que antes proporcionaban los poderes establecidos que negaban al individuo. A su vez, la igualdad ha traído una normalización educativa extendida al conjunto de la población, que, peculiarmente, en lugar de





ser aprovechada para fines que los antiguos considerarían elevados, han creado una cultura de la vulgaridad, síntoma respetable e incluso defendible, por ineludible, del sistema, pero que dificulta la aparición de prototipos ejemplares. El autor lo formula así:

*‘No ha sabido destacarse hasta ahora hasta qué punto la vulgaridad ambiente es el final de un largo y costoso proceso de refinamiento ético colectivo, de un nuevo humanismo, en suma, que se toma en serio y lleva a sus últimas consecuencias la universalización de los derechos de la subjetividad a todo ser humano.’*

El prototipo de ejemplaridad es un ideal individual inalcanzable plenamente, y sólo puede apreciarse en una vida completa o terminada recrecida desde esta vulgaridad, pero no es el perfil público el que necesariamente conforma lo ejemplar, sino que es el privado el que da los indicios del prototipo, con su compromiso con las obligaciones de la madurez (resumibles de manera tradicional en la fundación de un hogar y el cumplimiento de un oficio para su mantenimiento). Se trata de una tarea en progreso continuo, que debe ser consciente de la finitud del sistema y, pero que tampoco ha de ser de carácter antipático, elitista o absolutista, lo

que eliminaría claramente el carácter ejemplar del prototipo.

Gomá discrepa plenamente de Ortega y Gasset, que también reconoce la vulgaridad igualadora de las masas pero que se lamenta de ello y sólo ve un futuro en unas élites ejemplares que deban regirlo; Gomá define ese modelo como *ejemplaridad aristocrática*. También discrepa de la distinción radical entre las esferas pública y privada de la vida que Hannah Arendt predica, reservando los comportamientos y vindicaciones vulgares a un ámbito privado en el que no deban considerarse apreciables ni interesantes.

A estas alturas, el prototipo de ejemplaridad y su actuación están definidos. El ciudadano ejerce ejemplo incluso sin querer, y que sea positivo resulta en su interés y el de su descendencia y especie. De la existencia de prototipos depende el futuro de la experimental democracia actual como sistema, ya que está sometida a la asunción propia de que puede desaparecer, ya que no la sustenta ningún valor eterno, y porque es nacida de un nihilismo entre cuyas vertientes las hay que la quieren desacreditar sistemáticamente. Pero, ¿cómo pasar de la ejemplaridad del prototipo al valor social o comunitario respetado o imitable por el grupo? ¿Cuál

es la metodología? No es, al menos solo, la educación (pues su universalización normalizadora lleva a la vulgarización), tampoco es una red conexas de prototipos (que inocularía un gen de elitismo), y la existencia de ejemplos concretos y discretos en círculos de influencia reducidos se antoja azarosa.

Bueno, pues nada indicaba cómo iba el autor a responder a esta demanda en el cuarto volumen, de título **Necesario pero imposible**, que ya advierte que la respuesta puede ser frustrante. No sólo es el título; en las primeras páginas ya advierte el autor de que es el momento, tras mil páginas ya, de hablar de palabras mayores y hollar terrenos inseguros pero grandiosos, y cita para ello una de las Bucólicas de Virgilio:

*'Musas de Sicilia, elevemos un poco nuestro canto. No a todos agradan las arboledas y los humildes tamarindos. Si cantamos las selvas, sean las selvas dignas de un cónsul'*

La posteridad es el objeto, pero no sólo con el sentido habitual. Se trata de superar la injusticia definitiva de la vida: la corrupción del ser, que sucede al final de la vida adulta, lo que ha venido mencionando como la definitiva victoria de la negatividad del larguísimo estado ético de la vida adulta. Esta negatividad vence incluso en aquellos casos en que el hombre ha tenido una vida bella y digna, que no siempre sucede pues no es raro que la vida sea dolor y sacrificio continuos sin que pueda uno luchar contra ello.

Pero esta individualidad de cada persona no fue siempre tan evidente como lo es hoy. En el antiguo Cosmos griego, los dioses vivían entre nosotros, pero las ideas cristianas que separan Cielo y Tierra

(*'al César lo que es del César, a Dios lo que es de Dios'*), reflejan cómo el cristianismo encierra desde su inicio la idea de una secularización, que se va afirmando durante siglos con disputas enormes como la larguísima lucha de la separación de poderes entre Iglesia y Estado como principal ejemplo. En el siglo XIX, la individualidad romántica lleva a la negación socialmente aceptable de la existencia de Dios alguno. La persona se basta, la experiencia de vida es suficiente para que la vida sea completa, no hay cosmos ni cielo ni lugar donde una divinidad nos espere o nos convierta o nos subsuma. Claro que, si alguien piensa en la posteridad, tal y como es el planteamiento del libro, es lícito preguntarse si hay alguna esperanza de superación de la corrupción del final de la vida, y, sobre todo y como gran

preocupación, sobre cómo debe ser o concretarse, esa esperanza.

Gomá afirma que nadie quiere que en realidad sea su alma la que se salve y viva eternamente. Postula que los hombres quieren y desean seguir viviendo en un cuerpo

(decente a ser posible), y que los defensores de un alma inmortal y una eternidad se engañan, en parte por no saber qué piden, en parte por dejarse llevar. Confronta así con su paisano Miguel de Unamuno, que exhibía un conflicto de aire similar entre la fe y la razón en su **Del sentimiento trágico de la vida**, pero que deseaba una inmortalidad mediante el alma. Gomá sin embargo habla de una mortalidad prorrogada, y, en el marco del estudio de la ejemplaridad, el concepto encuentra su encarnación no tan obvia en Jesús de Nazaret. Gomá aporta ahora un enorme bagaje filosófico y teológico, pero es consciente de que defiende un imposible. Los argumentos planteados esperables incluyen el carácter rompedor de Jesús para su era axial, pero por su lado existe el Dios compasivo pero pasivo



ante la maldad del mundo. La presentación de la ejemplaridad conflictiva del cristianismo por los teólogos de la liberación está a favor, pero no la decepción de la parusía prometida que nunca llegó. Aparecen aquí los pensadores anticristianos como Nietzsche, para quien *el cristianismo murió en la cruz*, y, finalmente, es demoledoramente defensor del ámbito privado de la esperanza con su distinción del Dios de la religión y del Dios de la esperanza, que es el encarnado en Jesús, al que le interesa definir filosóficamente, porque a fin de cuentas también considera un ser a analizar y, por tanto, un ejemplo personal, en su caso un super-ejemplo...

La descripción asume con algo de gozo un carácter a veces defensivo, a veces ingenuo. Si todos los indicios marcan que Jesús de Nazaret era una personalidad no ordinaria, que inició un movimiento que resultó imparable para el mundo occidental a pesar de sus recursos ínfimos, y que los testimonios de la época le divinizan a pesar de todos los inconvenientes -y decepciones- que esto suponía, ¿por qué no serían posibles esos días de mortalidad prorrogada, por qué no creer -con la ingenuidad deseable-, con el objetivo de que sirva de ejemplo para recompensar la negatividad de la vida, aunque ninguna experiencia lo corrobore?

Dietrich Bonhoeffer, sacerdote ajusticiado por el nazismo apenas unos días antes del fin de la guerra, defendía un cristianismo arreligioso y la necesidad de seguir a Dios sin que Dios exista:

*‘Nuestro acceso a la mayoría de edad nos lleva a un veraz reconocimiento de nuestra situación ante Dios. Dios nos hace saber que hemos de vivir como hombres que logran vivir sin Dios. El Dios que nos hace vivir en el mundo sin la hipótesis de trabajo Dios es el Dios ante el cual nos hallamos constantemente. Ante Dios y con Dios vivimos sin Dios. Dios, clavado en la cruz, permite que le echen del mundo.*

*Dios es impotente y débil en el mundo, y precisamente sólo así está con nosotros y nos ayuda. Cristo no nos ayuda por su omnipotencia, sino por su debilidad y por sus sufrimientos’*

Pero esto es muy distinto de la muerte pública



de Dios que predicó Nietzsche. Bonhoeffer está casi dando un salto a la nada, es una muestra de angustia coherente y postromántica. Gomá opina que una de las causas de que el individualismo romántico se haya desecho de Dios es que la religión, la forma oficial en que Dios apela al individuo, nunca se adaptó a nuestra época (o lo intentó ya muy tarde), como sí hicieron otras disciplinas e instituciones. Bonhoeffer hace pensar en que Dios pudo ser la escala de valores que llevara a, o apadrinara al menos, la Declaración de Derechos Humanos, una vez que el libro *sagrado* era ya el de la ciencia. Pero no supo hacerlo.

Gomá deja sin terminar la descripción del super-ejemplo una vez prorrogada su existencia: ¿cuándo termina su recorrido? ¿la mortalidad prorrogada se sometería a las leyes de la Ciencia, la biología y la fisiología, como sí hace el ser mientras su mortalidad es segura? Son preguntas materialistas que hacen mundana la posibilidad de la esperanza. Es obvio que Gomá está desilusionado filosóficamente con la Ciencia, aunque aplauda pragmáticamente sus resultados, pero la actitud escéptica del método científico confronta demasiado con la fuerza de la convicción ingenua o la voluntad de creer.

Una vez más, acentuando su perfil de pensador clásico, Gomá estudia las formas de inmortalidad que le ofrecen la tradición religiosa y filosófica: la reviviscencia, la reencarnación o la transmigración de las almas -que define como decepcionantes mortalidades renovadas-; además de discutir la

Una vez más, acentuando su perfil de pensador clásico, Gomá estudia las formas de inmortalidad que le ofrecen la tradición religiosa y filosófica: la reviviscencia, la reencarnación o la transmigración de las almas -que define como decepcionantes mortalidades renovadas-; además de discutir la eternidad del alma y la resurrección cristiana. Pero no es el objeto de su estudio especular sobre los avances de la Ciencia actual o reciente en el tema: la clonación, la creación de órganos, el revertimiento del envejecimiento celular, el posthumanismo cyborg, la robótica y la inteligencia artificial... Es una pena: resultaría apasionante ver a los estadios de vida de Kierkegaard estirar su razonamiento ante estos éxitos de una Ciencia que a veces parece inimaginable. Y no sólo afectaría a la dialéctica descriptiva de la vida que encierra la Tetralogía de la Ejemplaridad, sino también a la definición del ser: pienso por ejemplo en el microbiólogo Ed Yong en su obra, que documenta en nuestro ADN todo el genoma captado a virus y bacterias con los que hemos intercambiado material genético durante miles de años.

Hoy que se usa con tanta alegría la metáfora del ADN para remarcar la identidad personal o empresarial, resulta irónico que con ello nos afirmemos en que también somos otras especies que lógicamente no tienen nuestras angustias y razonamientos, pero sin cuya participación no hay vida.

Fijémonos en esta estupenda pirueta final de esta obra: todo el tiempo hemos asistido a un viaje desde el animismo a la ciencia, pero al final echamos de menos el imposible, e intentamos que el raciocinio llegue a él. Evoca, en parte exige, que el viaje del mito al logos termine invocando a las musas, esas de Virgilio arriba mencionadas. La Tetralogía aspira a un mundo positivo y ético, en que el viaje desde la juventud a la madurez y a la preparación a la muerte requiere un determinado sentido del deber y la dignidad como sentimientos bellos y útiles para lo privado, y para lo público.

Terminaré con unos breves apuntes sobre la aportación del método masónico a este edificio sobre la ejemplaridad construido por Javier Gomá, que voy a centrar en la masonería simbólica. Dos





elementos principales diferencian a los masones y su método del mundo romántico y postrevolucionario que define el filósofo, y que acercan a la masonería al mundo de los antiguos: se mantiene, practica y reflexiona un rito de paso, y disponemos además de un super-ejemplo propio, Hiram, cuya continuada reencarnación es una forma de mortalidad prorrogada y relatada de continuo para el ejemplo del pueblo masónico. Por su lado, las herramientas y el simbolismo ayudan al masón a construirse, después a perfeccionar su templo y su taller, y que finalmente aspire a continuar su traba-

to del taller, pero también de sí mismo, y de la belleza o dignidad de su propio trabajo.

Pero, ¿y en el exterior? ¿Y en la vida pública, que llamamos profana? Nuestra Orden habla con frecuencia de ser faro de la sociedad, y encuentra en un pasado glorioso, sobre el que se proyecta la sombra del mundo antiguo, ejemplos individuales y colectivos de masones en servicio al progreso. Cómo ser ejemplo en la sociedad no es un debate menor. Internamente nos debatimos entre quienes prefieren una actitud discreta, influyente por defecto, y quienes se inclinan por una actitud más



jo hacia el exterior. Mientras que el pulido de la piedra se refleja en la emancipación individual en términos de perfección personal, el perfeccionamiento de su taller es en mi opinión el reflejo de la vida privada. Para nosotros resulta evidente que el Hermano es ejemplo y debe aspirar a prototipo dentro del taller, y algunas de las indicaciones de los ritos de paso lo subrayan, aunque en lenguaje educativo:

Enseña a los aprendices como los Maestros te enseñaron a ti

Si has aprovechado las lecciones de tus Maestros, podrás trabajar los materiales en el Taller de Compañeros Ser ejemplo es inevitable: que sea para bien o para mal será en beneficio o en detrimen-

claramente pública, que no sólo permita ver la calidad beneficiosa de nuestra reflexión, sino incluso deshacer mitos arraigados en gran parte del espectro social sobre la condición masónica. Sin duda estamos acercándonos a uno de los debates de Góma, cuando despreciaba la ejemplaridad aristocrática de las élites, que es un error de vanidad y una actitud paternal que hoy no podemos aplicar en el mundo profano si aspiramos a su escucha. Pienso que no debemos minusvalorar la falta de luz de nuestros congéneres profanos, ni que puedan perfectamente pulir piedra y construir templo (esto es: tener vidas ejemplares), aunque sea mediante un método profano. En primer lugar, porque ahora son individuos subjetivos y críticos, como nosotros,



pues no hemos perdido estas cualidades de la modernidad al entrar en la Orden. Y en segundo lugar porque su falta de luz no puede ni tan siquiera asimilarse de manera generalista a la vulgaridad democratizadora y normalizadora antes mencionada como resultado de la acción educativa masiva.

Pienso que el masón debe actuar en la vida profana con la conciencia ejemplar de vivir con ritos y ceremonias de los antiguos, con las enseñanzas del ejemplo de cada hermano y el super-ejemplo Hiram, pero convenciéndose de la necesidad de despojarse de ellas en el desenvolvimiento de la vida pública, puesto que nuestro mundo de los modernos no puede admitirlas ni apreciarlas, ya que su propia esencia ontológica pertenece a un mundo casi desaparecido, desprestigiado por elitista o por ser inalcanzable para todos, dado que seleccionamos la entrada con requisitos cerrados y casi inapelables.

Hablando de virtudes mundanas, Hermanos, os diré que en mi opinión la cualidad que debe adornar al masón y la Orden en su ejemplaridad pública es la humildad consciente, asumida y exigente: la del que ha visto la luz pero quiere aprender, del que actúa pero no quiere demostrar, del que anhele un mundo mejor pero no a costa de prevalecer. La del que actúa en masonería pero como si no hubiere masonería, tal y como decía más arriba el ajusticiado sacerdote Dietrich Bonhoeffer.

Y así veo la aportación de nuestro método a la ejemplaridad en un siglo que aparenta tantas dificultades.

### ***Bibliografía***

Salvador Giner: Historia del pensamiento social. Editorial Planeta, 2017 Ed Yong: Yo contengo multitudes. Debate, 2017 Javier Gomá, Imitación y Experiencia. Taurus, 2014 Javier Gomá, Aquiles en el gineceo. Taurus, 2014 Javier Gomá, Ejemplaridad pública. DeBolsillo, 2019

Javier Gomá, Necesario pero imposible. DeBolsillo, 2019

Miguel de Unamuno, Del sentimiento trágico de la vida. Espasa-Calpe, 1976 Dietrich Bonhoeffer, Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes. Ariel, 1969.

